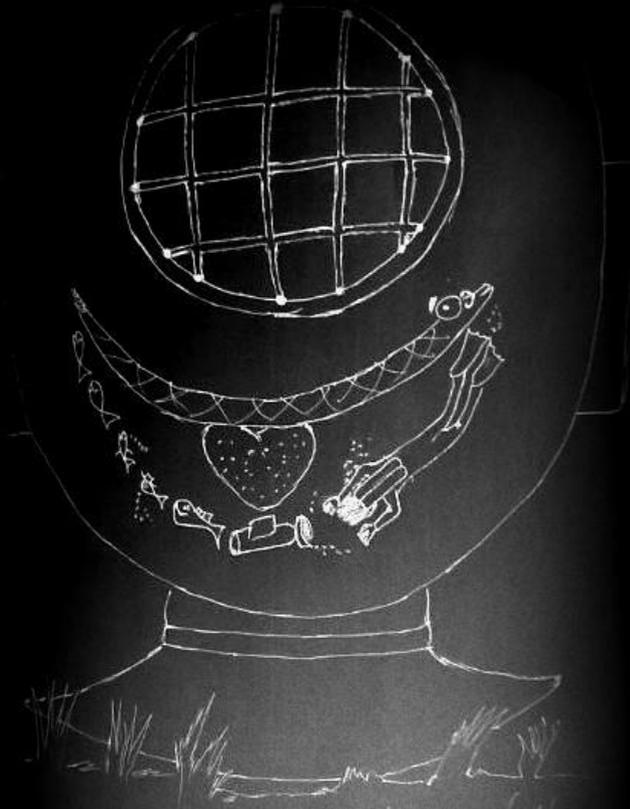


David Sánchez

La sonrisa que te debo



La sonrisa que te debo
Septiembre 2014



La sonrisa que te debo se terminó de
perfilar en junio de 2015

Todos los textos han sido escritos
por David Sánchez Sánchez para
arsaediciones.com

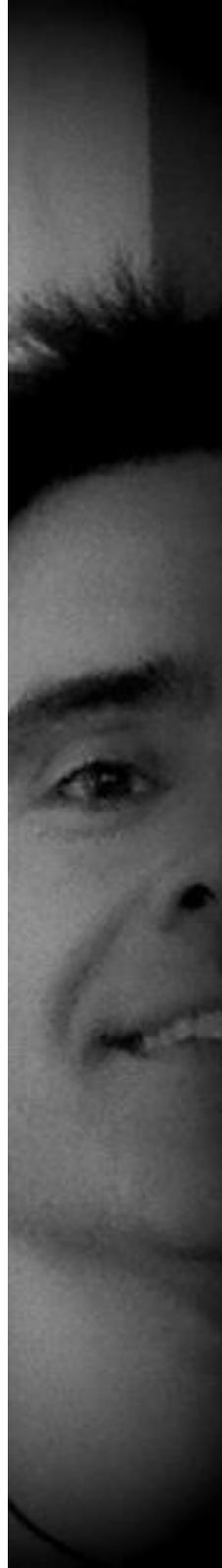
Dibujillos y esbozos también
por David Sánchez Sánchez
(ilustrador a ratos muertos
en arsaediciones.com)

Fotografías tomadas y retocadas
por el book designer, también
ilustrador de arsaediciones.com.
La mayoría de cosecha propia,
aunque alguna fotografía
de fotografía de autor desconocido
también hay (si alguien se reconoce
como tal que me lo haga saber para
darle merecida mención y
reconocimiento).



Tengo tantas
a escribir
como tantas palabras
a volar

palabras dispuestas
tantos destinos,
tengo dispuestas
hacia el olvido".





Los goznes de mi alma
liberan, chirriantes, los versos agrestes
que no buscan complacencia.
Ni querencia a las rimas vanas
profesan.
Buscan el grito escondido en la herida,
en la brecha donde duele
hasta el aliento que respiro,
Duelen el día y la semana
que corren al tiempo insolente
y sometido,
el cítrico temblor de mi garganta,
como una barricada de libertad
hecha de poesía barata.

Cómo chivirán - y tanto - las puntas de la libertad.

El tiempo erosiona los cuerpos.

- también gastados - Hebrán espumas.

que luego de un espuma -

los no los del chivirán
La luz me no agreden

delante del optimista

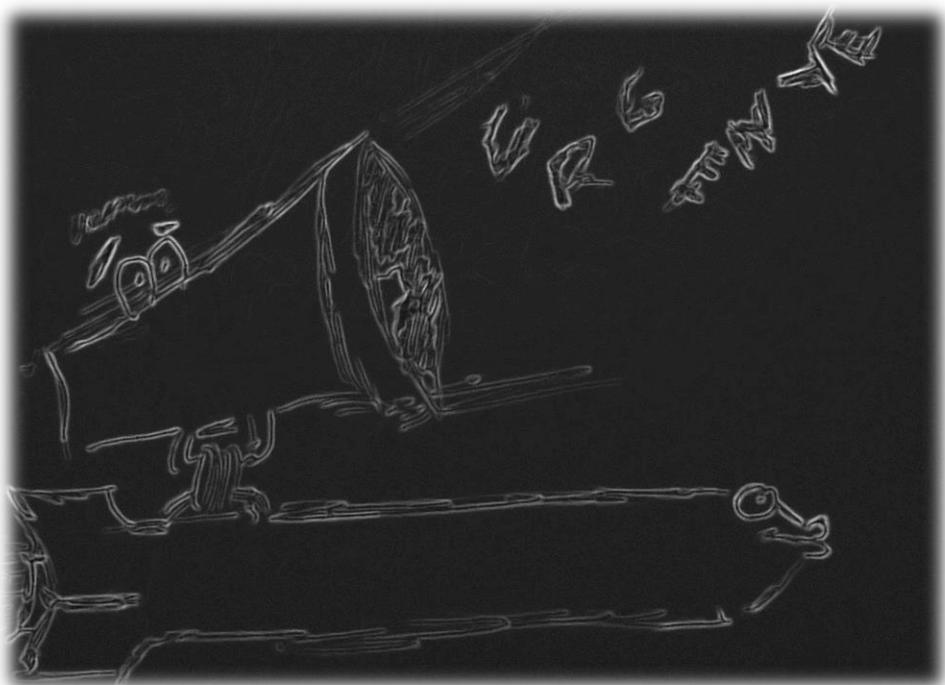
Pedidos embudados...

No como pedidos
ni androides ambulantes.



Por tantos explicios

El tiempo erosiona tu voz. Y tus uñas, esta y vida



Corren los besos urgentes por las bocas
deseosas de entrega azorada. La prisa
que apremia el momento cierto, la hora
de prender el cuerpo en otro cuerpo.
Como si el tiempo faltara en tus pupilas
y no vieras más allá de mi nave a orza.
El gesto de un mundo inmediato empañado
por los vidrios acalorados en la mañana fría.
El universo en una sábana estampada
de los confines irisados de la aurora,
donde la vida se hace vida
y a veces se escapa,
tangencial a las lunas que mecen
el futuro que, urgente, te añora.

Cuando fuiste cielo me ofreciste el azul
sereno e inalcanzable de la inmensidad
-nunca supe
pintarlo,
ese azul.
Entenderlo tampoco-.
Extendí como ramas a tus vientos
mi erizado
y husmeador entendimiento
-eran neuronas
buscando
eléctricas respuestas.
Eléctrica tú,
eléctricos gestos-.
Eléctrico azul
que me ofreciste lleno
de todo lo posible y venidero.
Sólo supe
surcarlo,
ese azul,
seguir sus destellos
como el turista
ávido
de fotografías que recordar
en un futuro que no fue.
Cuando fuiste cielo
me hice mar
por contemplar tus acrobacias
en las nubes de mis reflejos,
por pulirme ante tu espejo.



O



bert

He obert els diccionaris
per trobar-ne el sentit,
entre mots en negreta
i termes abreujats.
Paraules esteses
al voltant.
Amanyac,
amarant,
amarar
i també amarg.
I no m'ho he pogut mirar mai
com un verb transitiu
i asèptic,
ni ara ni abans
quan els diccionaris eren
de paper i havien llibretes
amb cors
travessats per fletxes
i llapis
amb gomes d'esborrar.

Els ulls,
les planes obertes,
definicions canviant,
sempre
paraula per acabar.

El paseo marítimo quedó tan lejos de la playa que los barcos perdieron el rumbo cierto de los faros abandonados.

Pero estaban allí,

en medio del desierto marino, lánguidos bajeles que no añoraban puertos ni amarres.

Yo soy de un barrio marino sin playa ni puerto, era acantilado.

Soy de este lado, de los edificios recortados y superpuestos al cielo -*skyline* lo llaman-. Y yo le llamo letargo.

Arenas lamen las lenguas del tiempo que ya no tenemos.

Arenas besan adoquines como labios

que perdieron su piel buscada y su lengua y su tuerca sin tornillo que no da vueltas

si yo no giro y vuelvo,

si tú no vuelves y vuelas.





Si te vienes a mí
-y vienes despacio-
mostrando
todo tu ser ceñido
a la piel de lienzo pintado
-paisajes románticos-,
frondosos valles recorridos
por mis manos.
Si te vienes a mí
-oleo extendido-
lamiendo colores
y aceites y olvidos.
Si vienes y no te llamo.
Si llamo y no te vienes
sabré que eres tú
y tu buen tino
que no me hará caso,
extraña guía
para mis ojos vendados.

En todo te parecías a estos cielos
de mirada melancólica que guarda
la lluvia contenida.

Lejos
la tormenta acalla,
como tu voz en arrullo
y en guardia,
un susurro.

El ave del sueño,
rompía en llanto y mojabas
mi lengua callada.

En todo te parecías a estos cielos
y te pareces
a la inmensidad inabarcable.

En todo te parecías
a esta noche, junto al lago,
sombra que se acerca
y toca y sonríe sin verla.
Negro difuminado en la noche,
negro sobre negro
que no reclama más luz
que tus manos, velas
que prenden la calma y atraen
-mil lunas-
mareas.



Trenzados al aire los brillos
de un ser de luz. Cabellos flotando declinan
sobre un hombro durmiente. Al descuido
saltan los peces de sima abisal
y diáfano fondo marino.
Tus ojos no mienten.
No pueden mentir si se baten
entre frondosas pestañas como hilos
desprendidos del corazón.
He soñado.
Te he soñado en mundos distintos,
siempre mejores. Siempre victoriosa
de cotidianas lides. Miedos vencidos
que no te merecen.
Tú tienes forja y fragua y jóvenes caballos
sin herrar. Sin destino
tú tienes espíritu de astronauta
de mordiente escafandra
y mullidos bolsillos repletos
de sentimientos escondidos.
Me reconforta tu cercanía, como el vino
que llevo a mis labios y me calienta
y me embriaga y me arranca
una sonrisa correspondida.
Fuera el mundo languidece huraño y esquivo.
Tócalo con tu alma bendecida en la alegría,
que no te roben el sueño ni la vida.





A esta noche llegan mis años,
a acompañarme en el desvelo
y piden por mí al camarero
tragos de memoria en vaso largo.

Es lo que tienen los invitados
que no son llamados ni se esperan,
se sientan expectantes a la mesa
a que cuente lo que siempre callo.

A esta noche llegan mis años
y no entienden
lo necesario del silencio,
el freno cabal a la palabra hiriente.
La vestiré de olvido,
le pintaré los labios
del color de los deseos colmados,
del sabor que rezuman tus mieles.
Quieren
que siga contando,
tendré que desnudarla despacio
y vestirla de recuerdo.
Lameré el maquillaje,
morderé su carne, beberé la sangre.
Quieren
que brindemos.

Es lo que tienen los invitados
que no son llamados ni se esperan,
cualquier halago les contenta
y lo celebran con el vaso en alto.

A esta noche llegan mis años,
a acompañarme en el desvelo
y devolverme, libre, al sueño
que precede al beso
que aún no te he dado
cuando preguntes y te cuente,
en silencio,
los años que vinieron.

Al otro lado del teléfono
el silencio.
Tantos satélites esperando,
tanta tecnología malograda.
No hay palabras
de momento.
Los tonos repetidos
buscan tu lengua y tu saliva,
la reverberación de su roce
y movimiento
-casi lamiendo
el auricular suspendido
de la incógnita respuesta-.
Teléfono
que al final contesta
y habla
de las sombras de tu voz
crecida en la casa de los tiempos,
desdibujes del pasado,
aunque suene hoy como ayer,
rasgada,
filtrada en el espacio
y despacio
mece las ondas
como si tocaran el alma
que flota esperando
que sigas hablando y no acabes
y me muestres que la vida
no es la muerte anticipada.

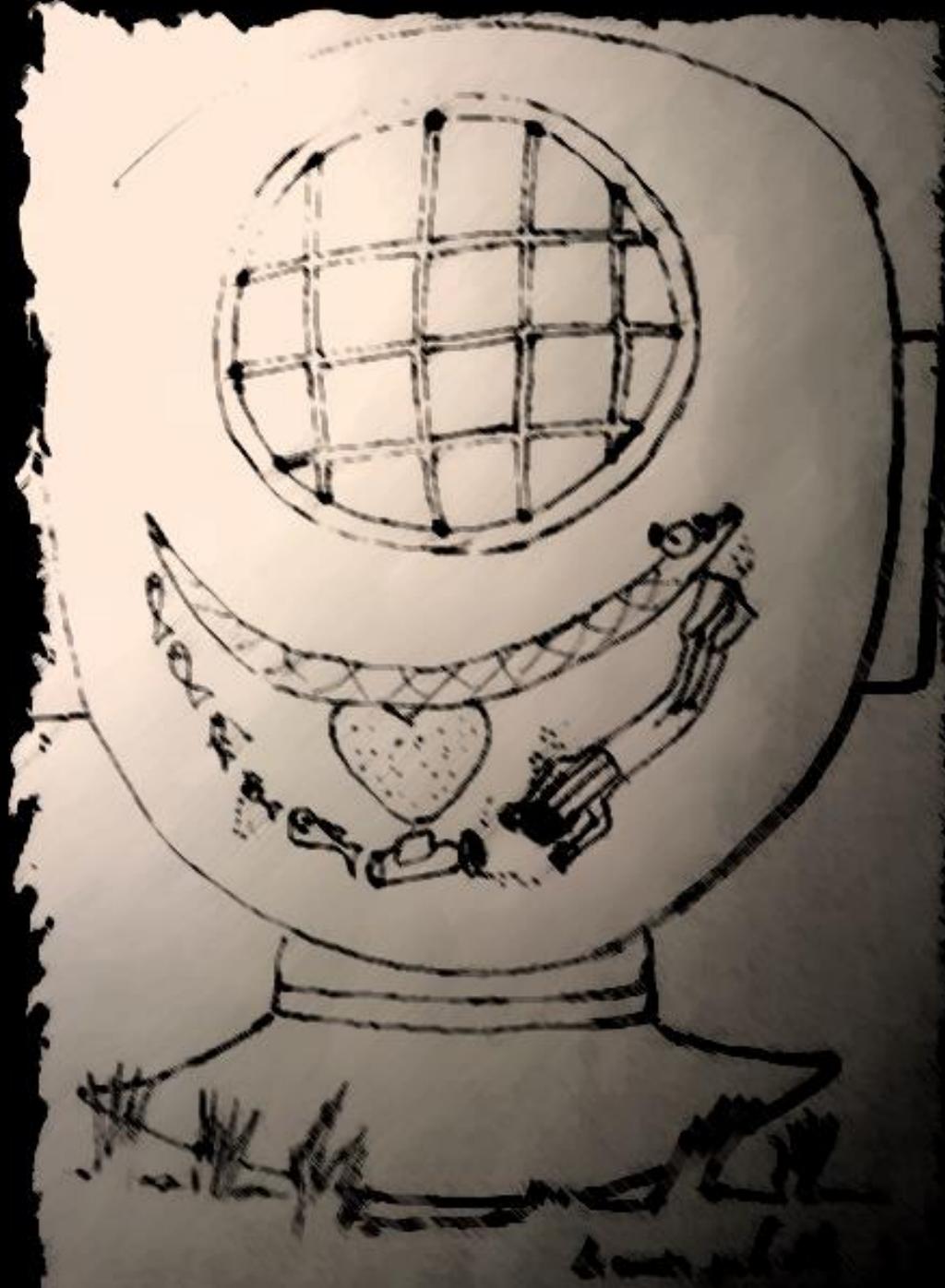




D'allà on bateguen les sirenes,
d'allà on somrius i no respires,
l'alè sorgeix metàl·lic i comprimit.

Però és teu, ni que sigui a píndoles aèries.
Les darreres, les primeres, les que tenim
i guardem com l'esperança -o la morfina
a les farmacioles de nit-.

D'allà on el blau fosqueja i ensopegues
amb les meves troballes marines
-poca cosa, la mort, la vida, quatre petxines
i un cor ofegat que jau arraulit-.



La huida escapa por las calles del mundo
en dirección opuesta al presente.
No sé bien si hacia el futuro o al pasado
o sólo a perderse
entre miradas que son lugares de paso,
entre pasos que buscan otro tiempo,
entre el tiempo que ya no tienes.

Norte, muy al norte y aún más allá,
donde acaba y el sur empieza de nuevo
donde sientan cátedra mujeres
de piel nival y ojos de hielo verde.

La huida escapa cuando yo regreso
a la puerta verde de un colegio
y se hace raro respirar incandescentes
cenizas de otro tiempo.
En estancias desoladas esperando el timbre.
y la mirada que pasa y no mira,
de soslayo a penas y a penas quiero recordar.

Lejos de horizontes del ultramar,
al límite silente de las fosas abisales
donde fondeas tú con tus mares
y aguardas tu deshielo y tu espumar.

Y al momento escapo con la huida hacia adelante,
me mudo al futuro y riente te encuentro
herida de vida y sedienta de sueño
y sueño viéndote soñar.
Puedo mirarte incrustada en el ámbar
que hallarán pioneros venidos de Marte,
asombrados ante el fósil de un mundo a la fuga
que se cansó de girar

Siempre quedarán cielos por surcar,
risas volanderas prendidas de tus labios.
Siempre habrán aves y aeroplanos
y plumas en las alas de soñar.



Tengo palabras resaca
para poder olvidar

Tengo palabras curicia 

tengo palabras puñal 

Tengo palabras espejo 

tengo palabras cristal 

Tengo palabras servicio

tengo palabras llorar

Tengo palabras condena 
y tengo palabras libertad 

Tengo palabras incendio 
y el humo que exhala al hablar 

Tengo palabras 
para curar solidad

Tengo tantas palabras dispuestas a escribir tantas distinas
como tantas palabras tengo dispuestas a volar hacia el alvito

Palabras mirada , palabras soñar 

Palabras barrera , palabras saltar 

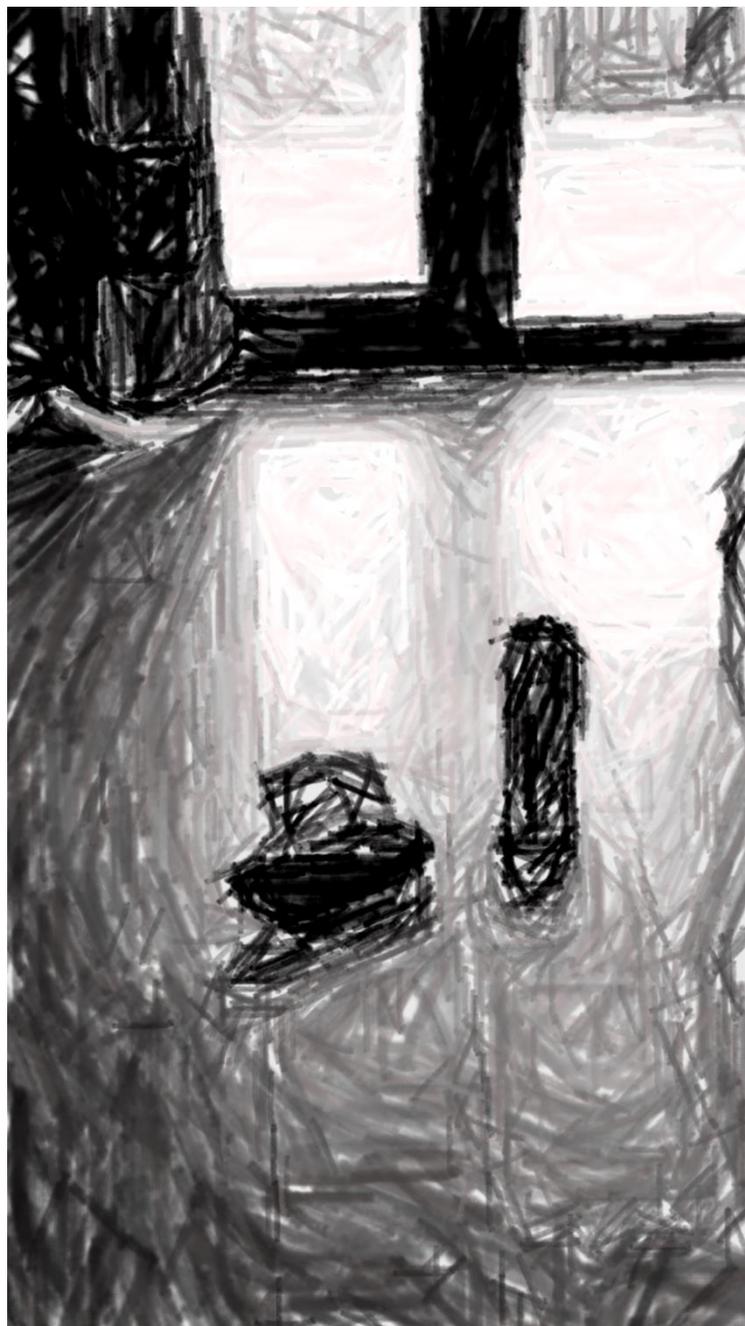
Palabras mentira , palabras verdad 

Palabras principios, palabras final 

Tengo las frases de un falso poeta,
me sobran las promesas y faltan diccionarios
que expliquen los silencios que sellan mis labios
cuando yoran los quince por los rinos de mi voluntad

Tengo palabras rubias
para escribir inocuidad.

Esta llanura que te precede,
que llega hasta la palidez de tus pies,
se entrega humilde y te refleja
como una postal japonesa
que muestra
al Monte Fuji cubierto de nieve.
Como un espejo paciente
que pende de un hilo.
Como la vida. Como la muerte.
Te alzas en la planicie
y te esparces
por todo el aire y todas las flores
y todas las ramas y todo lo meces.
Mis cabellos también,
también mis sienes te contemplan
sin verte.
Esta llanura es presagio
o premonición de calma inerte
y remanso en la conciencia.
Esta llanura bidimensional
es simple y me lleva
a paso calmo a una suerte
de vida impresa
en bellas fotografías veladas
en las que sólo somos
coloridos y borrosos habitantes
de estampas.



Ahora que dibujo con los dedos
figuras sobre el mar,
me han salido ojos de un aguamarina intenso,
salados, efímeros.
Los he vuelto a dibujar
y me han salido verde alga
o verde sueño,
efímeros de nuevo.
Y veinte dedos no bastan
para tocarte lo bastante.
Tu piel entera se extiende
en mareas salinas y suave oleaje.
Veinte dedos
para abarcar océanos.
Como diluida en vastedades
que todo lo abrazan
en la sutileza imperceptible
de los horizontes
trazados a carboncillo,
siempre nuevos,
imprecisos
en cada estela que persigo,
efímero,
con mis veinte dedos,
livianos
en este lienzo marino.

Oriente.
La luz que brilla y trae
amaneceres de estepa aterida
y heladas
de invierno a tus ojos.

Oriente.
Renaces cubierta de sol
y bañada
de los aromas a incienso
de pasto eterno.

Oriente.
La visión del águila en tus
pupilas
impregnadas
de rebaños nómadas
y pastores soñolientos,
del lobo. su sonrisa.



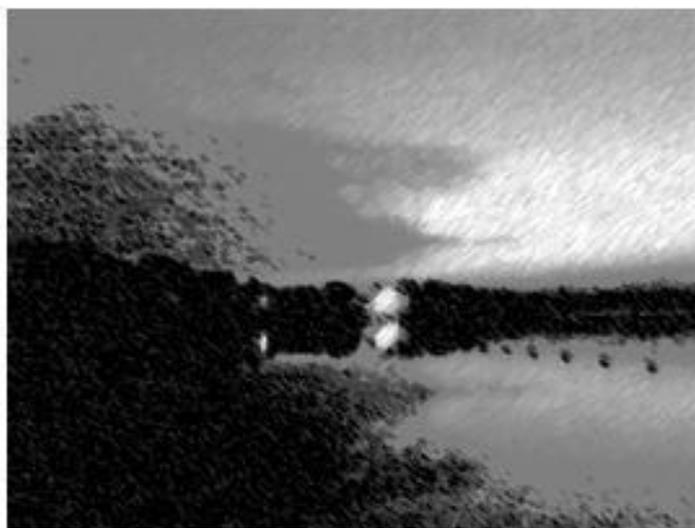
Distancia no es espacio
a tu lado. Lejos de ti
me imaginaste viajando
hacia lugares en los que nunca estuve.
Y por corresponderte vacié
mis maletas cargadas del viento
que aún no ha movido veletas.
Distancia no es tiempo.
Lo saben los años
de tu futura juventud
de mi vejez pasada.
Distancia es punto de encuentro
en este universo elástico.
Tan extraño,
tan certero
como el cartón
de los cuentos troquelados.

No es el frío lo que más temo
de los inviernos. Es la distancia
que hiela ventanales y empaña
la nítida visión de mis adentros.
No es consecuencia sino causa
lo que me aterra.
Que sea la última estación
y no la primera
de las sucesiones vanas
de mi existencia.

Reflexiono
o sólo siento
el rumor del río,
mi alma,
aquí al remanso,
allá al fluir
bullente
de las barcas
de papel que lanzo
con palabras.
Reflexiono
sobre el agua
o sólo siento
que no llegan
-la tinta disuelta-,
que me faltan
por decirte
más palabras.

Que me faltan

por decirte



más palabras



Como el vacío busca el tropiezo
o el descuido
del turista absorto ante al
abismo.
O el impulso
del suicida finalmente dispuesto.
Es espacio
buscando objetos
que cubran el tiempo.
Desolado.
Es silencio
buscando el grito
desesperado.

Llegué hasta tus dominios cansado y desprovisto
de armadura y luciendo menoscabo.
Creía haberte dicho, alado y sin lenguaje,
que hollaba el rastro de mis pasos.
Que viví atrincherado
en páginas en blanco,
que fui ciego escogido
en el reino de los tuertos,
que crecí junto al Besós.
Y hallé mil paraísos
en las flores tan escasas
que crecieron en los descampados.
Y amapolas de cuneta
fueron ramilletes
de portentos y milagros.

A veces los amaneceres
arriban escasos de luz
y buscan sentido y brillos en los salmos
humildes de monjes, poetas y sabios.
A veces los amaneceres se bastan
con los trinos silvestres y breves
de un leve pájaro.

Llegué hasta tus dominios varado y los colmillos
romos de morder el desencanto.
Podría haber fingido pasado de otra suerte
y anillarte refulgiendo a mis halagos.
Pero te hice por ofrendas
piedras de acantilado
y polvo del camino
que traje en mis zapatos
de las orillas del Besós.
Donde hallé mil paraísos
en las flores tan escasas
que crecieron en los descampados.
Y amapolas de cuneta
fueron ramilletes
de portentos y milagros.



Y llegaste tú
y todo volvió a su sitio,
los libros a los estantes,
las horas al reloj.
Y todo cobró
la paz de los gatos dormidos,
el aplomo y el sentido
de la calma ordenada de las cosas.
Y llegaste tú.
como el silencio de las bibliotecas
en su sabiduría recrecido.
Con tantas páginas por abrir,
tan despacio. Llegaste tú.
Y parecía que no avanzabas,
que eras esfinge hierática aplacando
la distancia y el espacio
a ti sometidos.
Llegaste tú
y todo fue sencillo
-o sólo natural-
como mirar, como respirar,
como el inconsciente latir
De mis lánguidos latidos.
Llegaste tú
como la sucesión necesaria y ordinal
de las noches y los días,
bailando serena
en la linde incierta donde juegan
la paciente cordura
y el riente desvarío.

Que las noches buenas sean
las más de las noches.
Que los días sean mejores
que los besos primeros,
los que no tienen más urgencia
que el ansia y la entrega
de los labios contrarios.

Que la dignidad no sea el milagro,
ni casual ni regalado,
que sean las manos los extremos
de un alma dispuesta
al entendimiento
sin palabras sobreras
ni silencios malos..

Que los años sean
camino labriego y descalzo
tacto de pieles contra pieles y piedras,
los pasos serenos
de los sabios humildes de ciencia incierta
y los hombres buenos.

(Toma uno)

Yo no sé
-y eso no es raro,
no saber-
cuánto dejamos en el camino
y si recogimos
tantas flores para hacer
praderas con los años.
Tanta hierba.
Tantos años
y tan lejos.
Yo no sé
- y eso es bueno,
aprender-
de teoremas,
de incógnitas resueltas
o por resolver.
La duda me alumbra,
y la diría exacta
a la luz de mis sueños,
al trajín de mis desvelos.

(Toma dos)

Veinte años
dan para tanto
y para tan poco
que no hay tiempo
para relatos.
La vida
-dice el escritor sabio-
no es para contarla,
es para vivirla.
Veinte años,
dos veces,
ya los tengo
y se parecen tanto
a la luz incierta de mis sueños...





Se perfila la mañana
sentado a la orilla de un camino montero.
Las horas son aviones que pasan
rasgando el cielo,
espumosas líneas hacia horizontes
difusos y yermos.
Peinan el viento,
como quiso Chillida en su playa.
Se perfila la mañana.
Una como tantas,
tantas como cielos.
¿Dónde irán
aeroplanos y palabras?
Dónde irán
los alardes
que persisten como la luna esta mañana,
cuando hieren o cuando aman.
Se perfila ante el tiempo.
Y el sol insolente, pone en marcha,
incontestable,
del día su proceso.

En un vuelo de bajo coste
surge un poema económico y reducido
entre estrechos pasillos y baños
de acrobáticos gestos.
Los ojos del desconcierto me miran,
pájaro que levita,
manos que atrapan
mis manos.
Saltan los versos
a las turbulencias de los vientos.
Saltan los versos
que han de decirte tanto
o tal vez poco. O tal vez nada.
O tal vez callo.
Saltan al vacío poblados
de alas y sueños.
Se sustentan ingrátidos
sobre mínimas ciudades
y campos bien peinados.
El caos parece menos
y nosotros
dioses menores de baratos
poderes y milagros.
Saltan los versos
planeando el descenso
-qué bien si fuera tu boca
el mullido aeropuerto.
Qué bien si fuera tu alma,
qué bien si fuera tu cuerpo-.
Saltan los versos
y atraviesan al obligado
mercader de los cielos
que vende perfumes y joyas
y afeites varios del séptimo sexo.
Saltan los versos
que he subido de estraperlo
como anillos a tus dedos,
de esos que no pesan
ni lastran los sueños.

No llega
ni el aliento ni el resuello llegan
para alcanzar el día
que nunca cesa.
Siempre
a punto de comenzar siempre.
No llega.
Pasa siempre, pasan
huesos, noticias, vientos pasan.
El sentido, preguntas,
¿no llega
o pasa?
El sentido, la espera
que es, que vive,
que ama,
que nunca acaba.

Luz. Nocturna sombra.
Sembrados de oscuridad.
¿Qué brota del vacío?
¿Qué nace de la nada?
Aves huecas del destino.
Pasos negros. Allí vamos.
Luz
proveniente de un pasado.
De allí venimos,
al eclipse entregados.
Poesía como espejo
de todas las contradicciones
que nunca resolvimos.

Del cielo vendrán, también de la luna
las noches y los cristales
que cortan silencios y labios
y abruman.

El pasado es una botella
estrellada en el asfalto.
Yo guardo el alcohol en el corazón
o en el bolsillo intacto
que oculto a la razón.

Del cielo vendrán, también de la luna
los días sedientos y navajas de plata
que rasgan el alma y las manos
y empujan.

El futuro es un crupier
y un lienzo en blanco apuñalado.
Yo guardo las pinturas,
hilo y aguja
y la baraja de perder

Sólo así me iré,
sabiéndome perdido
Sólo así encontrado
lo vacuo del sentido
de la vida. Una excepción.
Del cielo vendrás, también de la luna.



Lodos. Premisas de mentes
embarradas. Húmedos
pastizales donde no comen
ni duermen las reses.

Figuras atrapadas como piedras
dispuestas al solsticio del mundo.
Oscuro cielo el que sucede
a la salvaje tormenta del miedo.
De rodillas el gesto
de una impotencia bendecida.
De rodillas
sin saber que morimos en la turba
que a los vergeles precede.

Vano es el tiempo
que no pesa en tus días.
Vano es el aire
que nos separa estando tan cerca.
Vanos, los besos,
que guardamos para más tarde.
O para nunca,
si no has de cruzarte
de nuevo en el camino.
Vanas inquietudes que no buscan
la quietud ni el sosiego
-mis silencios-.
No vendrás Lo sé.
O vendrás pero no estarás.
O estarás pero en silencio
-tus silencios-.
Mis preguntas huecas
hallarán respuesta en el eco
desnudo de tu cuerpo,
donde nada pesa,
donde todo es sueño.
Vano.
O no.
Yo espero.



Bastidas
son los años que nos sustentan.
Bastidas
con las que asaltamos la vida.
No son piedras quebradizas, no podrían
resistir los vientos,
la erosión,
el tiempo
que son.
No son metales proyectados en altura
a los cielos,
estridentes,
oxidados.
Los trazamos de un humilde bambú
ligero
y leve
y sereno.
Se mecen
al asalto de los días.
Se inclinan y piden perdón.
Y perdonan.
Se elevan,
se inclinan,
perduran en sus vainas,
en sus afiladas hojas,
en sus pudriciones
que de nuevo retoñan.

Vivo en una habitación con vistas
a tu habitación.

Y miro como pintas sus paredes
-se que el verde
es tu color
preferido-.

Vivo

En una habitación con vistas
a tu habitación.

Te he visto
colgar corazones de plata
como acrobáticos zarcillos
y a mí me parecen
besos sostenidos
sobrevolando tu balcón

Vivo

en una habitación con vistas
a tu habitación.

Obediente, el cristal
trae tu luz reflejada,
insolente, en mi almohada,
el rincón donde te miro
y construyo mi evasión.
Has abierto la ventana,
las flores regadas y el jazmín
cubriendo
la mañana y mi delirio.

Vivo

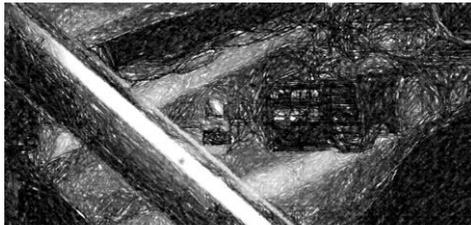
en una habitación con vistas
a tu habitación.

Vivo
asido al catalejo
que me acerca tanto a tí
y me lleva hasta el cielo de tu
boca
donde habitan unicornios
y aerolitos de ilusión.

Vivo
montando guardia en los días,
centinela de tu voz
tras el cortinaje opaco
de mis ojos consumidos
por murmullos de canción.

Vivo
prendiendo velas de noche,
aguardando el incienso que
traes
cuando soplas, cierzo y brasas.

Vivo
en una habitación con vistas
a tu habitación.

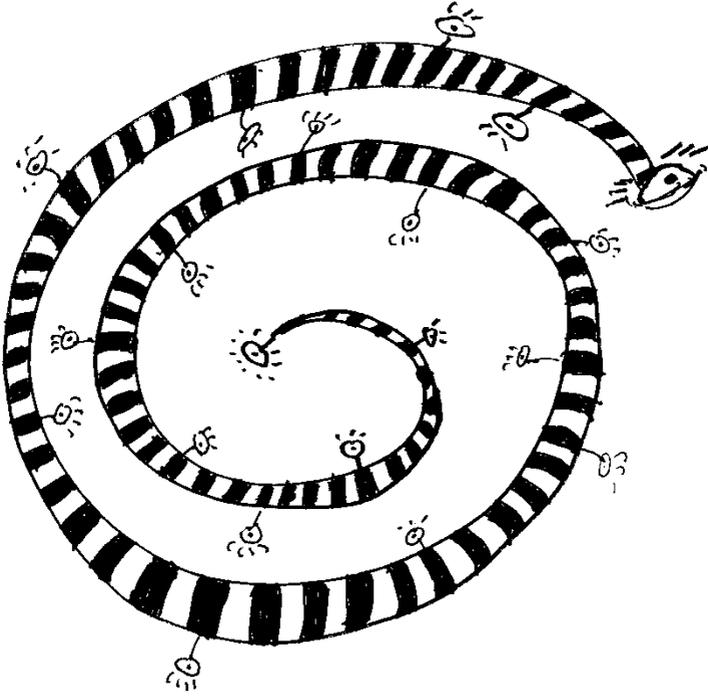


Prometo no pedir más consejo
ni explicación ni proverbio
o refranero
que haga camino por mis pasos.
Ni pájaros en mano
ni ciento volando. Ni Dios
repartiendo ayuda al tempranero.
Prometo no dar sombra
ni cobijo a los mercenarios
de la vida. Ser árbol
sin ramajes sobrereros



Mayo fue atardeciendo,
junio amaneció de noche.,
¿Dormimos los días
o sólo eran sueños?
De una noche que escapaba
de los días macilentos.
De una noche que añoraba
la noche entre las noches
y un trago de cielo.
La noche bendecida
por los nuevos años que aún no tenemos
Buenas noches. Sueños buenos.

Que tú me digas,
que yo te cuente.
Que tú me quieras,
que yo te ame.
Que tú te ausentes,
que yo no vuelva.
No serán los signos
de un final inevitable
y definitivo. Venideras
soledades. Venideras
y turbias espirales.
Que yo te diga,
que tú no vuelvas.



Cuando los días no son más
que resuellos digitales,
días que no son parada ni destino,
en plasmas y ondas senoidales,
intangibles.
Días que son frases buscando decir,
buscando callar.
Fractales,
imágenes en las que busco los estados
que ya no son.
Cómo de grande
fue la alegría que hoy es tristeza.
Cómo será la alegría
que hoy se anega
en tantos barrizales.
Eso contienen los días,
también las palabras, también el silencio,
también tu belleza.
Sobrealiento desbordado
de tanto recuerdo
que ya no se mira, que ya se proyecta
al futuro que ya tarda,
que el hoy nos molesta
pero lo archivamos, por si acaso,
en su espacio digital.
Por si acaso.

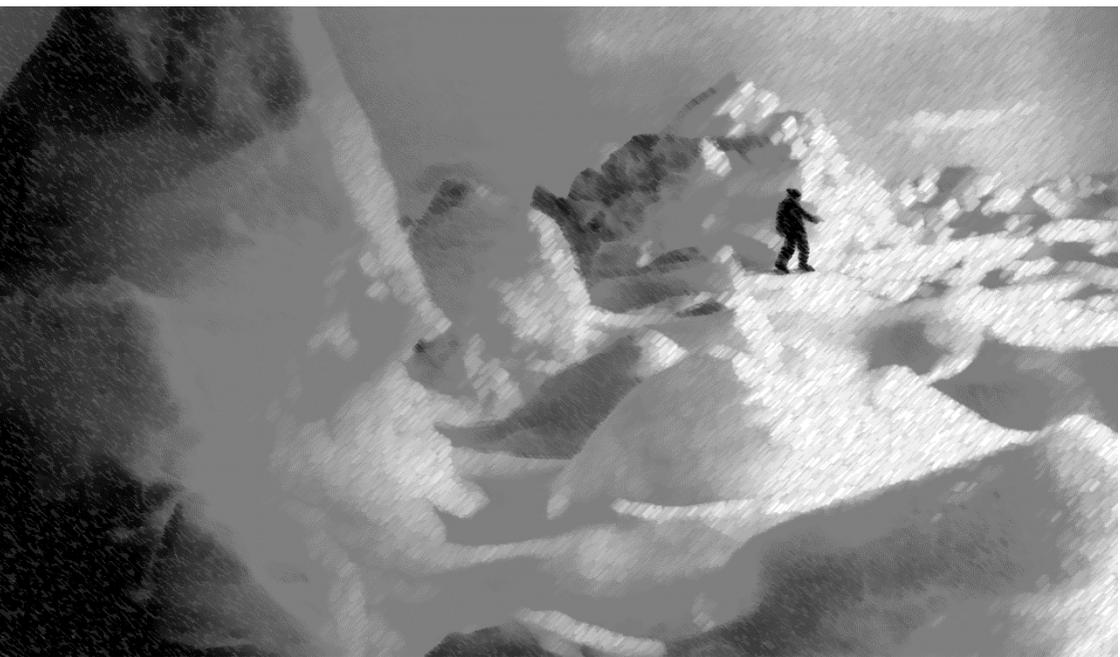
Me cansé de la luna.
Me cansé del sol.
Me cansé de mí,
de mi pesado cuerpo.
Me hablaste de lagos,
de mares y nubes,
tan líquidos y tan livianos
sustantivos.
Me sentí pesado.
Caí.
El alma se me fue
vaporosa e inoportuna
a seguir tus palabras.
Quién mueve esta parte de mí
que ya no refleja
figura ni estampa.

Sigo los versos por carreteras hacia ningún lugar.
Sigo en silencio la luz que se apaga y se enciende.
Un guiño.
Intermitencias programadas que no dan ni quitan el paso.
Piden el cuidado y la prevención,
el sigilo ante el sueño
que atesoras en vano.
Sigo los versos como sigo una canción
que repito y te canto
estrofas que hablan del sentir,
de cuánto me arrastro y me levanto,
de cuánto olvido y recuerdo lo que nunca entendí.

Sigo los sueños, sigo el silencio, sigo tus pasos,
por bosques y cielos privados.
Sigo tanto y tan despacio que no me muevo,
que ahora paro,
que sigo aquí,
como panes olvidados en despensas,
florecidos de alhelíes.
Como piedra del camino, roma y yerma,
aspirante a proyectil
que romperá las lunas muertas
de mi invernadero hostil.

Sigo los versos por los mapas de mis sueños,
tan antiguos y tan nuevos
que han borrado sus fronteras.

Las masas glaciares avanzando
lentamente hacia su quiebra
y su estrépito. Un quejido
hondo y doliente se desgaja.
El eco y el latido
se desgajan.
La soledad. Lentamente
avanza,
navega confines marinos,
besa
las orillas, las calles, las gentes
conformando multitudes.
Calla
la soledad. Lentamente
avanza,
blanca, helada plataforma,
deriva al abismo
incierto y huidizo.
Resbalas,
caigo,
lentamente,
de tu mano. La soledad
dispara.
Corazones sangrientos
renacen en la Antártida.





Es sencilla
la vida
tras la dulce arqueada
de tu sonrisa.
Es sencilla,
tras la leve combada carnal
que deja entrever una playa
y una niña que juega, salada.
Es sencilla
la vida,
en el encuadre perfecto
y la luz precisa,
del cóncavo horizonte
que difumina y genera
palabras.
Y una carcajada,
una curva prolongada y la niña
se asoma
y se mece entre las olas.
Y saluda.
Es sencilla
la vida
entre el salitre antiguo
y la calma mansa
de tu saliva.

Una tarde de domingo
de un domingo vanidoso,
tan festivo, tan en rojo,
tan cobarde se entregaba
a un lunes con corsé de cuero fino.

Una tarde de domingo
mi deseo deambulaba
por los barrios peligrosos
tan desiertos, tan prohibido,
el umbral bajo tu falda y tu cobijo.

Una tarde de domingo
la canción que me rondaba
era un blues poco elegante
tan doliente, tan mezquino.
Tan cerca de mi cielo y tan lejos de tu
alma.

Una tarde de Domingo
se hizo noche y madrugada,
se hizo miel sobre tu espalda,
se hizo lengua combatiente
entre frondas y quebradas.

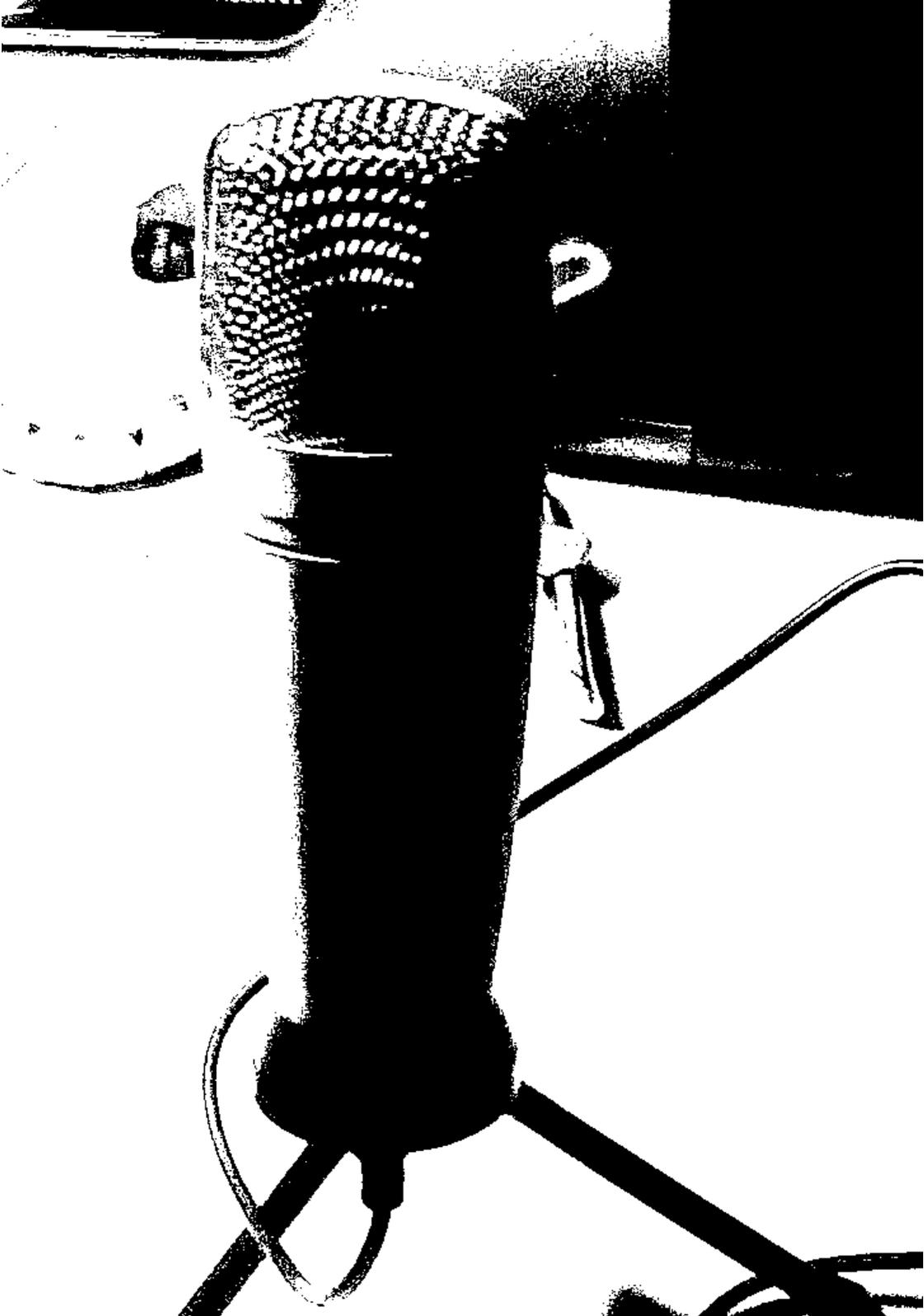
Una tarde de Domingo
quise ser un continente
de fragancias y buen vino,
un bajel de proa errada
en la ausencia de timón y sin amarras.

Una tarde de domingo
me olvidé de las palabras,
me desnudé de los silencios.
Me hice cuerpo con sentido
en la piel entre tu piel de seda y alma.

Hay días de prosa vital
y versos de lección de anatomía,
desnudos de pintor hiperrealista
que te buscan y me buscan
en la alquimia de una ciencia primitiva.

Hay días de vino y de pan
y en mi metafísica de bolsillo
caen el espíritu y sus dudas
y trazan mis sentidos
un picado agarrado a tu cintura.

Una tarde de domingo
se hizo paz tras la batalla,
se hizo lunes y resaca.



Tantas cuentas por saldar,
tantos saldos.
Tantas horas por contar,
tanto cuento
que sólo busca el desagravio
de quien nunca tuvo moneda ni cambio,
sólo versos de curso ilegal.

Tuve mi haber en mis brazos,
mis pies, mi sombrero,
tuve el alma afianzada al firmamento
y el vuelo desacompasado,
a veces lunar, a veces terrero.
Y versos de curso ilegal.

Versos
de curso ilegal,
de impostada labia o de silencio,
de veladas intenciones,
de pagar y no saldar
la sonrisa que te debo.

Tuve nada y ahora tengo
la nada y calendarios
con días antiguos y desordenados
y unos cuantos por gastar.
Tuve un lápiz, tinta tengo,
tuve vino y tengo pan
y unos cuantos
versos de curso ilegal.

Versos
de curso ilegal
que llevo a este estrado,
a este notario, a este bar,
para que me apuntes unas cuantas
lágrimas de desconsuelo
y me vuelvas a cobrar
la sonrisa que te debo.

Esta noche, cuando trace las nubes
en tu espalda dormida,
cuando abra el paisaje al desliz de mis dedos
y pinte los continentes a la deriva
de un mundo fetén,
de corvas y heridas
surcadas
por labios que busquen sin buscar.
Sin pretender más que el paso
por un paisaje desnudo,
por la senda desprovista
de la innecesaria cartografía.
Esta noche, cuando haga
camino en la brecha,
la cera prendida,
el humilde candil del alfarero
de tacto entregado a tu figura
y sea la hiedra que crece
y te envuelve sin prisa.
Esta noche, cuando encuentre la vida.



Semillas veo brotar
con armas en los tallos.
Para mis labios las quiero,
para mis labios.
Semillas crecerán
en la lucha clandestina
de una vida mal sembrada.
Para mis labios,
las quiero para mis labios
malheridos de palabras
en sangrientas dentelladas.
Semillas veo morir
en tanta desesperanza.
Y aún así también las quiero.
Para mis labios las quiero
como quiero para tus labios
mis labios
nacidos, bregados y muertos,
hechos semillas
para tus labios.
¿Quieres tú?



Tu ciencia surgió de una alquimia
remota y norteña
y trajiste mantos glaciares y cálidas
manos de entrega.
Llegaste impregnada
de aceites y esencias
de la más fina y única flor que conocías.
Trajiste una estepa
al verano rutilante y acalorado
y todo el saber de pretéritas vidas.

Sabes cosas, sabes y cuentas
de paisajes y geografías,
de planetas y estrellas
saltonas y caprichosas.
Cuentas y sabes cosas
de espíritus y hierbas.
Sabes cosas y curas,
tu ciencia profesas
con la inexactitud del artesano

Remota e inexacta, tu ciencia
surgió de desconocidas y secretas
formas.
De vírgenes e impacientes normas
por escribirse y borrarse en la espera
desesperada y curiosa
de alumno inquieto que multitud de dudas
alberga.

Será por esta lluvia que deja ese color
de asfalto entumecido.
Tal vez porque hoy te escribo
desde esta habitación,
a poca luz,
a líneas ciegas
murmullan tus suspiros.
Y este ángulo desde el que miro
se me hace noche
en las calles de Barcelona
que rondamos a besos partidos.
El ángulo se parece
al rincón de la nostalgia
que asalta mis dominios.

Será por esta lluvia
que bailo
las mismas danzas huecas
que nos llevaron a alguna habitación
tan ajena y tan furtiva.
Donde había una cama y el abismo
de un ángulo futuro
con una mesa y un tipo
mecido en los colores de una lluvia
de asfalto entumecido.

Será por esta lluvia
que dejaré estos versos
para otro día.
Para hoy las líneas
blancas y los ángulos nuevos
de tus besos partidos
en mi sonrisa.



*Y a veces cuando la noche es lenta,
los miserables y los mansos
recogemos nuestros corazones y vamos
a mil besos de profundidad.*

(Leonard Cohen)

No quería acabar abatiendo las alas
en esta hora imprecisa en que todo languidece,
tal vez por el alcohol. Tal vez por la insensata
idea de perderme en las botellas de la vanidad.

No merezco los reproches de la noche abandonada
a la suerte de camas solitarias. No mereces
baladas tristes ni cuentos de doliente final.

Y yo no quiero acabar esta lenta velada
tragando el vinagre del silencio que la luna me da.

Pero la gravedad me arrastra implacable
y más por miserable que manso me vas a encontrar
a mil besos de profundidad,
a mil versos de mi identidad.

Mi nombre abandona lo que tú recordabas
y me hago un reflejo de algo que se desvanece
tal vez por el desmayo tal vez por la corazonada
de un juego amañado que nunca he querido ganar.

Me aferré a tus pupilas como quien se agarra
a la rama más fina o al clavo incandescente
en el salto al deseo que lleva, irremediable, a tu mar.

Y yo solo quiero acabar esta lenta velada
lamiendo la lengua que ha cesado de hablar.

Pero mi gravedad me arrastra implacable
y más por miserable que manso me vas a encontrar
a mil besos de profundidad,
a mil versos de tu libertad.



Siguiendo la línea de la curvatura de unas cuantas sonrisas he
llegado a un cine blanco donde proyectaban sus sombras.
Alegres, tristes, sensuales, esquivas, tiernas, lujuriosas, amables,
irónicas... Un bosque de paisajes interiores trazado a líneas gruesas.
El esbozo de una percepción maltrecha y necesitada
de silencios y de palabras.



arsaediciones
2015